

LA MÁSCARA DE LOS GONZAGA

Clare Colvin

martínez roca

Una mágica evocación del esplendor barroco

Annotation

Siglo XVII, norte de Italia Vincenzo Gonzaga, cuarto duque de Mantua, es uno de los máximos representantes del esplendor y las contradicciones políticas y religiosas de su época. En su corte se reúnen los mejores artistas, entre los que destaca su maestro de música, Claudio Monteverdi, inventor del género operístico. Esta novela nos transporta a un momento histórico en que la oscilación entre sueño y realidad era una constante. La ambivalente relación entre Monteverdi y su mecenas, un hombre entusiasta ahogado por escandalosos problemas familiares, refleja con todo detalle la complejidad del mundo barroco. Una historia real donde la pasión, la violencia y el amor desmedido son capaces de alterar el destino.

CLARE COLVIN

La máscara de los Gonzaga

Traducción de J. A. Bravo

Ediciones Martínez Roca, S. A

Sinopsis

Siglo XVII, norte de Italia Vincenzo Gonzaga, cuarto duque de Mantua, es uno de los máximos representantes del esplendor y las contradicciones políticas y religiosas de su época. En su corte se reúnen los mejores artistas, entre los que destaca su maestro de música, Claudio Monteverdi, inventor del género operístico. Esta novela nos transporta a un momento histórico en que la oscilación entre sueño y realidad era una constante. La ambivalente relación entre Monteverdi y su mecenas, un hombre entusiasta ahogado por escandalosos problemas familiares, refleja con todo detalle la complejidad del mundo barroco. Una historia real donde la pasión, la violencia y el amor desmedido son capaces de alterar el destino.

Título Original: *Masque of the Gonzagás*

Traductor: Bravo, J. A.

©1999, Colvin, Clare

©2001, Ediciones Martínez Roca, S. A

ISBN: 9788427027350

Generado con: QualityEbook v0.84

Clare Colvin

La máscara de los Gonzaga

TRADUCCIÓN: J. A. Bravo

Tituló original: *Masque of the Gonzagás*

© 1999 Clare Colvin;

© 2001 Ediciones Martínez Roca, S. A.

© por la traducción; J. A. Bravo, 2001

ISBN: 84-270-2735-4

PRÓLOGO

1611

TODOS los viernes hay música en el Salón de los Espejos. Mi señora Adriana canta en concierto y ello presta a la música tal poderío y gracia tan especial que es una delicia para los sentidos y casi convierte el lugar en un teatro nuevo.

Carta de Claudio Monteverdi
al cardenal Ferdinando Gonzaga
enero de 1611

Te he visto en el espejo. Tardo anduviste para verme a mí. Por un instante tuviste la sensación de que alguien se movía por ahí cerca. Un destello apenas captado por el rabillo del ojo, pero ya desapareció.

¿Cómo viviríamos si no hubiese espejos? Son las ventanas por donde nos vemos a nosotros mismos. Mírate ahora en ellos conforme vas pasando. Ahí viene otro en donde mirarte, y otro. Éste es el Salón de los Espejos que refleja tus imágenes, lo que tú eres y lo que te gustaría ser. Miras el espejo adrede, y ves lo que te gustaría ser. Pero si tropiezas inopinadamente con tu imagen, desprevenido, ves el semblante de una persona desconocida.

¿Te gusta nuestro Salón de los Espejos? Levantas la vista al techo y te fijas en la cuadriga con su auriga. Veo que pasas al otro lado de la estancia, y te das cuenta de que ahora los caballos van en sentido contrario. Una ilusión óptica, como tantas de nuestras pinturas. Jugamos con las dimensiones.

En la habitación no se ve nada más. El vacío y tú mismo reflejado en los espejos. ¿Acaso no oyes la música, aunque sea tenuemente, a través del velo del tiempo? ¿No sientes la atención, los susurros contenidos en el aire? Ya no miran hacia los espejos ni se miran los unos a los otros. Están atentos a los músicos y al personaje flaco de negro que los dirige. Muchas veces he visto su rostro inclinado sobre la viola. Me interesa más contemplar las caras de los que le contemplan, así que me he colocado a un lado, la vista fija en el espejo donde se refleja el público.

Estoy observando al duque. ¿Has visto sus ojos, lo pálidos y alucinados que parecen en los retratos? Eso es lo que parecen hoy, absortos en la música de nuestro mago. He visto durante años sus distintas expresiones, el humor desgarrado, el verbo fogoso cuando mira a una mujer, el destello de astucia al comparar una deuda con otra, la befe—da dureza del homicida. Es hombre de muchas caras nuestro duque Vincenzo: ruin y generoso, derrochador y prudente, amable y cruel. Y vanidoso, gloriosamente vanidoso. Pero ¿por qué no? Si tú hubieras nacido en medio de ese esplendor, ¿no lo serías también?

Mira a la duquesa Eleonora, que está a su lado. La serenidad de su semblante, puesta a prueba por veintisiete años de matrimonio con el libertino más grande de nuestra época. No porque sea hombre frío; tú ya me entiendes, sino tan pletórico de amor que no tiene otro reme.— dio sino derramarlo sobre quienes le rodean.

La vemos pálida por culpa de la gripe. Estamos en enero de este año de 1611 y el viento que sopla sobre los cenagales de Mantua se cuela hasta los rincones de este conventual palacio. Es una mujer de mediana edad, que ha parido cinco hijos y ha soportado año tras año este clima tan rudo, los veranos abrasadores, los inviernos gélidos, las fiebres de los pantanos que vienen con las lluvias. Vivimos cerca de la cierra aquí. Pese a nuestros dorados, nuestros

trompe l'oeil y nuestros espejos, nos gobiernan las estaciones.

Eleonora está indispuesta. Isabella viste de negro. Hace cuatro años que enterró a don Ferrante, pero le sienta bien el luto. Veo que se vuelve hacia el duque, y las miradas que se cruzan un momento. Después ella mira hacia el espejo y se tropieza con mis ojos, tal como yo había previsto. No hay mujer tan candorosa ni tan astuta como nuestra Isabella. Cuando Ferrante murió ella lloró inconsolable, y sin embargo» fue feliz por primera vez desde hacía no pocos años, ¿Quién se lo podría reprochar? Salvada del confinamiento, de vuelta en la corte.

Esta noche Vincenzo sólo tiene ojos y oídos para la música y para su nueva cantante, la incomparable Adriana. Está considerada como la más grande, la mejor actriz, la más bella de nuestra época. Tan pronto, como Vincenzo supo de ella, deseó tenerla. Era cuestión de principios; Es menester que Mantua tenga los mejores artistas, los mejores músicos; Que lo vean los Médicis, que lo vea el mismísimo emperador. En nuestras paredes, donde no están recubiertas de espejos, lucimos las obras del Tiziano y de Rubens. Nuestro director musical es el mejor de Italia, el divino Claudio. El duque Vincenzo supo verlo hace más de veinte años, en Cremona, cuando aquél era un joven violinista, y luego de nuevo en Florencia. Nadie puede resistirse al duque cuando él quiere apoderarse de algo, ni siquiera Adriana, pese a sus protestas de virtud. ¿Has visto qué quinta? ¿Has visto qué carrozas, qué joyas? ¿A qué no sabes cuánto le paga el tesorero? Veinte veces el salario de nuestro maestro de música. No es de extrañar que Monteverdi tenga la cara: apenada. Cuando no está ocupado con su música el único pensamiento que cruza por su mente es: «¿De qué vamos a vivir?». Flaco porque está angustiado, y porque en su casa apenas se encuentra nada que comer: lástima de hijos que tiene.

—Pero escucha cómo se eleva la voz de Adriana: ella se lamenta y nosotros; lloramos con ella. El milagro de tanta emoción como engendrar o, mejor dicho, engendran ambos, el hombre melancólico y angustiado-y; la mujer entretenida, Adriana Basile *la Codiciosa*. Mira el efecto de esa música y de esa voz sobre la audiencia. el duque tiene lágrimas en los ojos, convertidos en dos lagos azules que resplandecen sobre sus mejillas: enrojecidas. Desde luego no carece de motivos para llorar, y momentos así le dan ocasión para hacerlo. En otras circunstancias mantiene los demonios a raya con su permanente agitación, su febril afán de viajar, su incesante actividad de enterrar tesoros y humanos. ¿Encontrará la-paz alguna vez? Eso es lo que debe preguntarse Eleonora, aunque supongo que ya habrá desesperado de hallar la respuesta.

Conozco al duque tanto como pueda conocerle cualquiera. Yo estoy en las sombras ahora, pero él sabe acerca de mí. Aunque tal vez

haya olvidado los tiempos en que, hace de eso muchos' años, nos quedábamos desvelados, charlando hasta el amanecer de la filosofía de Platón y las obras de Ficino, Mirándola, Giordano Bruno, la cábala, la alquimia de los elementos y muchas cosas más. De mantener vivo el espíritu de investigación en un mundo cada vez más-sofocado por el dogma. El inquisidor finalmente había llegado a Mantua. El difamador. le llamábamos nosotros. En palacio se guardaban muchos libros que él habría quemado de buena gana, si pudiera echarles mano.

Recuerdo que Vincenzo me leía de lo escrito por Bruno: «Si no os hicieréis iguales a Dios, nunca podréis entender a Dios, pues se necesitan iguales para abarcar a los iguales. Creed que nada es imposible para vosotros, creed que sois inmortales y capaces de entender todas las artes, todas las ciencias y la naturaleza de cada uno de los seres vivos. Escalad más alto que la montaña más empinada y descended más allá de las mayores profundidades. Absor-

bed las sensaciones de todo lo creado en la tierra, en el océano, en el cielo, en la matriz y más allá de la muerte. Si abarcáis todas las cosas de una sola vez en vuestro pensamiento, las épocas, los lugares, las sustancias, entonces podréis entender a Dios».

Vincenzo ha vivido esa filosofía. Ha subido más alto y ha descendido más bajo que ninguno de nosotros. Pero todavía no ha entendido a Dios, puesto que no ha encontrado el reposo. Y envidia a Monteverdi porque al escuchar su música intuye que Claudio está en comunicación con Dios, o con los dioses. Lo mismo que yo envidio a Vincenzo. no por lo que es ahora sino por lo que era entonces: un joven dios del amor, alto y hermoso, el rubio cabello revuelto siempre, los ojos relucientes de vitalidad, la complexión hercúlea heredada de su madre austríaca. Todo el mundo sabe que soy envidioso, eso forma parte de mí naturaleza, pero nadie sabe que Vincenzo envidia el don divino. ¿Lo sabe él mismo? Mira el techo laberíntico en busca de la contestación, esas palabras esculpidas que serpentean a través del laberinto. *Forse che si forse che no*. Tal vez sí, y tal vez no. ¿Cómo puede nadie escoger un lema así?

Craza d espejo que te enseñaré los cuadros.

PRIMERA PARTE

1589-1593

TENIENDO en cuenta que su aspecto exterior es perfectamente conocido voy a referirme únicamente a sus cualidades interiores, entre las cuales brilla especialmente por su liberalidad y su humanidad, que le han ganado la reputación de ser el duque más espléndido que nunca haya tenido Mantua, y al mismo tiempo el cariño universal, tanto de los nobles como del pueblo...

Informe del embajador veneciano en Mantua
acerca de Vincenzo Gonzaga, 1588

Me congratulo en la esperanza de que así como el sol extrae la virtud de las raíces de las plantas haciendo que se asome a las flores, y de éstas a los frutos, así vuestra alteza serenísima, a quien es mucha razón que yo llame mi sol tanto por los efectos que producís en mí como por el valor que resplandece en vos, quiera concederme su merced acostumbrada de modo que habiendo florecido mi destreza al tañer la viola para vos, pueda servirlos más digna y más perfectamente con los frutos que ahora maduran.

Monteverdi, dedicatoria de su Tercer libro de madrigales,
a Vincenzo Gonzaga, 1592

1

AQUÍ hay una galería que mira a un lago y un joven sentado sobre la barandilla y que descansa sobre ella un pie, consciente de estar mostrando el perfil de una bien formada pantorrilla en reposo. Lleva el cuello de la camisa desabrochado, aflojados los lazos del jubón. Va vestido como para una partida matutina de caza, pero se le pegaron las sábanas y luego se le ha acumulado un retraso tras otro. Secretarios que le presentan documentos, mensajes de la tesorería. Y así sucesivamente, etcétera, *und so weiter* ¹

Hermosa la mañana de primavera. Vincenzo está impaciente. Son muchos los que andan pisándole los talones y todavía más los que le demandan su tiempo. Sosiega mirar afuera, hacia las aguas de los lagos de los alrededores de Mantua, las orillas distantes bordeadas de prados entre verdes y plateados que mece el aire. La misma brisa que le agita el cabello, rubio y siempre rebelde al peine.

—Mira esos viejos de la orilla. Hoy han salido todos —dice—. Esta noche cenaremos lucio.

Apoyado de espaldas contra el pórtico vecino veo luego a ese otro joven que fui yo mismo, Ottavio. Usa una capa gris cuidadosamente recogida por detrás de manera que envuelve todo su cuerpo. Tiene unos veinte años. el cabello oscuro, los ojos de mirar inquieto, furtivo, conto queriendo atrapar lo que sucede fuera del alcance de su visión en la mano tendida presenta una carta, pero el duque finge no fijarse en ella basta que la agita para llamarle la atención.

—Reclama sus cartas. Que se le devuelvan todas, sin omitir ni una. Ha escrito una relación de las fechas.

Vincenzo suspira.

—En lo que hemos venido a parar. Tanta pasión derramada y ahora tendremos que hacer inventario de sus epístolas amorosas. ¿Quién le mandaba escribir tanto? No sé dónde estarán. En tal cajón o tal otro. *Magnus*. el perro, se comió una, me parece. Yo se la presté para que olfateara el perfume, pero él la llenó de babas, así que preferí dejar que sé la comiera.

—Ha insistido mucho y parece bastante fuera de sí.

Vincenzo levanta un punto la voz, como suele hacer cuando se siente agobiado.

—¿Y qué cree ella que voy a hacer con sus condenadas cartas? ¿Enviárselas a su marido? ¿Repartirlas en la plaza Mayor? Ya me gustaría Ottavio, aunque sólo fuese por la desconfianza que manifiesta hacia mí. Nadie sabe guardar un secreto mejor que yo.

Ottavio se sonríe, recordando los pasajes que el duque había leído envasaba.

—Con lodo, ella insiste —dice—. Será preciso devolverle las que logremos encontrar.

—Encárgate tú, Ottavio, ¿quieres hacerme el favor? No soporto la idea de andar buscando esas cartas y que todo el mundo me pregunte qué es lo que busco. Hazlo esta noche, cuando no quede nadie en el despacho. Ya sabes dónde están las llaves.

—Rara sacar las castañas del fuego a vuestra alteza.

—¡Lo haces tan bien!

Vincenzo ha impostado la más cálida de sus sonrisas, los ojos brillantes de afecto hacia toda la humanidad. No hay hombre o mujer que pueda resistirse a ese encanto. Ottavio pliega la carta y se la guarda en la bocamanga.

Vincenzo se asoma para contemplar a los pescadores. Uno de ellos se ha metido en el lago y acecha los bultos que pasan veloces. Él recoge un guijarro plano junto al limonero y lo lanza de modo que pase junto al hombre rebotando sobre el agua. Parece el salto de una trucha. El pescador hace un ademán como queriendo atraparlo. Su pe-

ro, que ha visto el proyectil, se mete en el agua de un salto entre histéricos ladridos. El hombre lo reprende con una maldición y los demás pescadores se ríen de él. Vincenzo también ríe.

—Fíjate qué cosa tan pequeña y qué efecto tan grande. El jaleo que se ha armado.

Mira hacia la entrada de la galería y la cordialidad desaparece de sus facciones. En lo alto de la escalera se ha detenido una muchacha. Lleva el cabello suelto sobre los hombros, el corpiño muy ceñido le da un aspecto de muñeca. Tendrá unos catorce años. La actitud, dubitativa, como si estuviese a punto de huir corriendo pero la retuviese, al mismo tiempo, la curiosidad. Mira al duque como quien contempla un magnífico monstruo mitológico.

—¿Quién es ésa?

La voz de Vincenzo traduce una desacostumbrada ansiedad.

—Es de Novellara. Una prima segunda, pariente mía por parte de madre. A doña Vittoria, la madre de ella, os la presentaron ayer. Son invitadas de la duquesa.

—¡Ah! Por un momento...

Vincenzo se interrumpe. Aunque no lo diga, para Ottavio es evidente lo que está pensando. Por un momento ha recordado a Margherita Farnese, su primera esposa, la que el padre de Vincenzo le adjudicó sin contemplaciones como prenda de un juego de política. Ella era muy joven, casi una niña demasiado espantada para amar. Reclusa ahora en un convento, su lamentable destino es motivo de rencillas entre la casa de Mantua y la de Parma.

La joven mira a Vincenzo con no disimulada curiosidad. Él le tiende un brazo en señal de bienvenida.

—*La bella ragazza. Che bella!* ¿Has subido para verme a mí, o para ver el paisaje?

Vincenzo se asoma para contemplar a los pescadores. Uno de ellos se ha metido en el lago y acecha los bultos que pasan veloces. Él recoge un guijarro plano junto al li-